

Bendita entre las mujeres

El cuarto domingo de adviento tiene como centro a María que lleva en su seno al eterno Hijo de Dios hecho hombre. Él está en medio de vosotros, aunque no lo veáis. La Iglesia vive en estos días la expectación del parto de nuestra Señora, que es madre y es virgen al mismo tiempo. El domingo mariano por excelencia es el cuarto domingo de adviento, en la inmediatez de la navidad.

Dios ha querido venir al mundo como fruto del seno bendito de una mujer, María. Y ha tomado carne humana en la carne de una mujer. La carne y la sangre que ofrecerá en sacrificio por todos los hombres en la cruz. La carne, ya gloriosa, que se nos da a comer en la Eucaristía. «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna» (Jn 6,54).

El misterio de la Encarnación del Hijo de Dios consiste en que «tanto amó Dios al mundo que envió a su Hijo único» (Jn 3,16), que se hizo carne en el seno virginal de María, «el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria» (Jn 1,14). El Hijo de Dios vive en el seno del Padre desde toda la eternidad, y por este nacimiento en la carne entra en la historia humana, comienza a ser hombre como uno de nosotros. Es lo que celebramos en estos días de Navidad.

¡Qué asombroso misterio! A lo largo de la historia, muchos hombres y mujeres, y especialmente santos muy conocidos, han quedado asombrados, llenos de estupor, ante este hecho histórico del nacimiento de Jesús en Belén. La navidad no es, por tanto, un mito, una leyenda, un cuento de las largas noches de invierno. Es un hecho histórico asombroso, que ha cambiado la historia de la humanidad. El Hijo viene a la tierra, para llevarnos a todos con él al cielo. Él, siendo Dios, se ha hecho hombre, para divinizarlos a los hombres, haciéndolos partícipes de la naturaleza divina. A pesar del extravío de los hombres por el pecado, el Hijo ha venido a buscarnos para llevarnos a la casa del Padre, para llevarnos al cielo. Ya en la tierra ha comenzado este nuevo mundo de la gracia y de la santidad. La navidad es el comienzo de todo esto.

Y junto al Hijo está la Madre, que lo ha concebido, lo ha engendrado, lo ha dado a luz, lo ha amamantado y lo ha cuidado con inmenso amor. María es una criatura, su Hijo es el creador, que le ha pedido a ella el consentimiento para hacerse hombre en su vientre virginal. Y María respondió al ángel: «Hágase en mí según tu Palabra» (Lc 1,38). Ella no conoció a varón, es decir, no tuvo relaciones sexuales con ningún varón para concebir a su Hijo. Jesucristo ha sido concebido virginalmente, por la acción del Espíritu Santo y el consentimiento de María virgen. El camino ordinario del matrimonio, que Dios mismo ha instituido y ha santificado, ha quedado sustituido por el camino extraordinario de la virginidad, en la venida de Jesús al mundo.

Al asombro del misterio de la Encarnación se añade el asombro de esta concepción y de este parto virginal. El misterio de la navidad nos introduce en el ambiente de una novedad inagotable. María, toda pura, toda llena de gracia y de santidad, ha sido preparada por Dios para ser la madre virginal del Hijo eterno hecho hombre, Jesucristo. Que no nos distraiga de este misterio nada ni nadie. Busquemos estos días ratos para contemplar la maravilla de la navidad cristiana., y participemos con gozo en estos santos misterios.

Con mi afecto y bendición, feliz navidad a todos:

+Monseñor Demetrio Fernández